

samiento de los reyes en que lo tramaba antes la razon de Estado que las inclinaciones del alma. Escogieron, pues, para la heredera única de los condes de Mérito al caballero lusitano, Ruy Gomez de Silva, nieto de un caballero de Lusitania, quien viniera en compañía de la infanta Isabel á España, cuando se casó con el Emperador Cárlos V. Compañero de Felipe II desde la edad de once años; gentil-hombre de su casa mas tarde; ministro y del Consejo de Estado; príncipe de Italia como lo demuestra su título de Eboli; y grande de España como lo demuestra su título de duque de Estremera y de Pastrana; Ruy Gomez de Silva fué enlazado con D.^a Ana de Mendoza cuando ésta solo tenia doce años, y retribuidos por el rey sus antiguos servicios con una pension anual de 6,000 ducados, como puede verse por quien mayores datos quiera en el volúmen ya clásico del señor Muro, conocido con el nombre de «Historia de la Princesa de Eboli.» Pactado el matrimonio, cuando la princesa tenia edad tan corta, reuniéronse los cónyuges algunos años mas tarde, durante cuyo intervalo Ruy Gomez de Silva residió en Lóndres y en Flandes, asistiendo con sus consejos y con sus luces al rey Felipe II. Este matrimonio, á pesar de su carácter y de su origen, fué completamente feliz, porque ningun disentiendo de los cónyuges lo perturbó, ninguna sombra de celos ni ambiciones lo oscureció; y muchos hijos, hasta diez, lo alegraron y bendijeron. Dotada la princesa de claro talento, su trato amenísimo y su vivaz conversacion le captaron el cariño de la reina Isabel de Valois, á quien acompañaba en sus paseos á caballo por las riberas de Aranjuez y Toledo, en sus ocios por los salones del palacio de Madrid y del Monasterio del Escorial. Satisfecha la princesa D.^a Ana de Mendoza con el respeto que le atraía su nombre, con el influjo que le daba su familia, con las rentas que le rendian sus ducados, no presentó en nada síntomas, durante su matrimonio, de la inquietud que habia de oscurecer su viudez y deshonorar su memoria.

Ruy Gomez de Silva no era un ministro á la usanza y modo de Richelieu ó de Mazarino. El genio no residia en su mente; y de residir, no lo aprovechara ni lo distinguiera Felipe II, quien desconfiaba mucho del genio militar y político de su ilustre hermano D. Juan de Austria; y nunca llegó á comprender, nunca jamás, que tenia entre los ornamentos de su reinado al primer

genio literario de nuestro Parnaso, al inmortal Cervantes. Sumiso, afable, callado, rutinario, trabajador, poco visitado por las ambiciones y menos aun por las ideas, Ruiz Gomez pertenecia de suyo á la especie de políticos preferida por Felipe II, quien recelaba de todo cuanto pudiera disminuir ó eclipsar en derredor suyo su colosal grandeza. Como buen privado se privaba de voluntad y de conciencia, para servir la voluntad y la conciencia de su amo, el cual creíale de espíritus altos, de manos limpias y de condicion generosa. Felipe II gustaba, ya lo hemos dicho, de gente cortesana ó extranjera, mas que de los aristócratas españoles, para el gobierno de sus reinos. Mateo Vazquez habia nacido en el cautiverio africano; Antonio Perez de unos amores sacrílegos; Cristóbal Mora era portugués y portugués tambien Ruy Gomez de Silva. Escrupuloso cumplidor éste de sus deberes; atento á no molestar de modo alguno al rey; verdadero secretario en el sentido de guardar los secretos; dado á la regularidad de una existencia ordenada y pacífica, en su tiempo no podia ocurrir cosa que no concurriese al agrado del rey y al reposo del ministro.

En esto vino la muerte de Ruy Gomez. La rica hembra castellana se vió requerida de mil aduladores en tiempo de su marido; y abandonada, como toda grandeza que mengua, en la viudez. Altiava, orgullosa, pendenciera, imprudente, ambiciosísima, temeraria, liviana, de cortas aprensiones y de larga lengua, quiso conservar el influjo y poder debidos á su esposo; y no teniendo para ello buenos medios, apeló á los reprobados y perversos, á la confabulacion de las intrigas cortesanas y á las corrupciones del amor pervertido y vicioso. Viéndose sin la sombra de quien tanto poder le prestara; en los primeros dolores de su viudez, desvistióse de sus galas y vistióse con la estameña burda y manchada de un eremita; dejó los artesonados y tapices de su palacio por las paredes desnudas y frias del claustro; y convirtióse de dama en monja sin atender para nada ni á los plazos exigidos por toda órden á los profesos, ni á los hijos á quienes dejaba en el mundo, ganosa de patentizar cómo cambiaba de condicion y de traje y de fortuna con la rapidez que cambia todo esto en la movilidad de un teatro. El monasterio de Pastrana, fundacion de la ilustre Mendoza, quien habia llevado allí por causa de su renombre á la mas excelsa fundadora del siglo, á Santa Teresa de Jesus, recibió

con el amparo y proteccion de D.^a Ana mas agravios que favores. Ya en vida del príncipe quejábanse las religiosas de los caprichos habituales á la princesa, difícilmente mitigadas por la prudencia y sensatez de su marido. Cuando mas tarde, viuda ya, entró en el convento sin autoridad alguna que le fuese á mano, cuántas imprudencias no cometeria! Unas veces negábase á vestirse con decencia y otras veces vestíase hasta con descaro; ya se recluía en la celda como un cadáver en la sepultura, ó ya en torno suyo llamaba tanta gente y movía tanta algazara, que aquel sitio de penitencia iba convirtiéndose, merced á su ligereza, en sitio de recreo. Ni las reglas de la órden, ni las tradiciones del claustro, ni el respeto religioso debido á la clausura, ni consideracion alguna humana ó divina la detenía ó le importaba: dábale por monja, cuando ni siquiera podía llamarse novicia; trataba de que sus criadas lo fuesen todas sin mas consagracion que su capricho; y además, así que veía cualquier visitante apuesto de los muchos idos á verla en aquellas circunstancias, llamaba con voces descompuestas á las hermanas mas jóvenes y las comprometía en los coloquios y decires mas peligrosos. Las monjas se dolieron y quejaron tanto de tamaño proceder; pidieron y reclamaron con tales instancias su salida ó incomunicacion del monasterio; que Ana se fué á una ermita, y allí continuó su vida, mezclando las cortesanas de una dama principal con las penitencias de una monja eremita en ráfagas de contradictoria locura. Y como todas estas demencias de los temperamentos vehementes pasan de súbito, cual tempestades veraniegas, Ana colgó sus hábitos y se partió á la corte.

Bien es verdad que cedió á órdenes superiores. El rey quiso, para divertirla del convento, donde adoloraba con sus caprichos á todo el mundo, entregarle por legal acuerdo la tutela de sus hijos. Nada menos que todo un prior de Atocha la requirió en persona, para que abandonase la vida penitente, por veleidades mundanales entrecortada, y volviese los ojos al esplendor y provecho de los suyos, afligidos por su ausencia. La voluntariosísima é inquieta Mendoza no perdonó á cuantos intervinieron por cualquier motivo en aquel negocio de su regreso al mundo. Atribuyéndolo al malquerer de Mateo Vazquez, tan odiado por ella, que á este odio excesivo se debió su perdicion irremisible, llamábale sin rebozo en cartas escritas al rey «perro

moro» por haber nacido en la cautividad mahometana. Las monjas mismas no pudieron exentarse ni eximirse de sus crueles desquites. Movidas por Santa Teresa trasladáronse del convento pastranense á un convento segoviano. Las franciscanas de Santa Clara reemplazaron en la fundacion de la princesa de Eboli á las carmelitas de Santa Teresa. En el fragor de tales sucesos habia muerto su madre, quizás por las pesadumbres, que la hija le causara con los disgustos del monasterio, donde quiso por amor maternal acompañarla, y no pudo por el mal genio y condicion bravía de Ana, retirándose muy apesadumbrada. Y viudo el buen conde de Mélito, nieto del gran Cardenal Mendoza, casóse de segundas nupcias con una jóven principal del linaje de los Cardonas; y hubo de amenazar á D.^a Ana con una sucesion masculina, de cuya sucesion podria derivarse la pérdida para ella de una cuantiosa herencia y de un importante mayorazgo. Al mismo tiempo un sobrino suyo le puso pleito; y este pleito la obligó á dejar Pastrana y á ir á la corte, donde le aguardaban tantas aventuras y tantas desventuras.

Era la princesa de singular y acabada hermosura. Sus devaneos, naturales en el ardor de su complexion y en el desórden de sus costumbres, han dado márgen á la creencia, mas ó menos fundada, de sus amores con el rey Felipe, no muy casto en verdad, pero bastante cauto para que sean hoy un problema sus relaciones con la princesa en la historia íntima de su reinado. Esbelta esta y prestante; de aire imperioso que no excluía la gracia; de ademán resuelto como su voluntad soberana; la frente despejada, el ángulo facial abierto, las orejas y las narices grandes, ovalado el rostro, arqueadas las cejas, espesísimas las pestañas, profundos y negros los ojos, no tenía mas defecto que haberse por su desgracia entuertado en un accidente imprevisto de su niñez y haber perdido así una de las principales partes de su cabal hermosura. Será quizás aprension propia de quien estudia su retrato despues de haber conocido en la historia su persona; pero á mí se me antoja que ha pintado el maestro pincel de nuestro gran retratista Sanchez Coello la pesadumbre inmensa de grandes pensamientos, que abrumaban con su carga pesadísima el espíritu y el talento de aquella mujer extraordinaria. No bien llegada, mal de su grado, á Madrid por los mandatos del rey, por la tutela de los hijos, por los pleitos de los parientes, encontróse con que aquella corte

antigua de aduladores y pretendientes ni la circuía y acompañaba como en otros tiempos; antes bien la abandonaba y maldecía de ella. Nada tan triste á las ambiciones femeniles como los desprecios cortesanos. La que habia visto inclinarse tal número de gentes á su presencia; la que habia escuchado el rumor de la viciosa y agradable adulacion halagando sus oidos; la que habia vivido en una atmósfera impregnada de incienso: encontrábase viuda, desamparadísima relativamente, con muchos hijos y sin ningun deudo que la protegiese; allí mismo, en medio de aquella corte, donde habia compartido con las reinas los loores y lisonjas de los cortesanos. Tal vez entonces le pasó por las mientes cautivar á Felipe II para subir de esposa del valido á dama del monarca y recuperar por este medio el poder llorado. Mas ya fuese, como dice con muchos datos el Sr. Muro, que no se prestase Felipe II al amor fácil de Ana; ya fuese, como indica el Sr. Cánovas, que la sobrada cautela del rey impidiese á la princesa vanagloriarse con la ostentacion de un favor condenado al disimulo y al silencio; lo cierto es que la gran sirena llamó á sus redes á un ministro, comprometiéndolo en aventuras y empeños, bastantes á consolarla de su perdido influjo y á prometerla reales y lisonjeras compensaciones, mas amables cuanto mas se iban apagando los afectos exaltados de la juventud y sustituyéndolos aquellas ambiciones peculiares á la madurez de toda una existencia cortesana.

Antonio Perez se llamaba el seducido por Ana Mendoza. Su principal valedor, en los comienzos de tan rápida carrera, fué Ruy Gomez; de suerte que labró el marido su ventura y la mujer su ruina. Un arcediano de Sepúlveda lo tuvo en mujer casada, y lo escondió como el fruto maldito de verdadero crímen. Secretario este arcediano de Carlos V, poseía los medios de instruirlo y educarlo con verdadera ilustracion. Mas, á fin de acallar los rumores relativos á su origen, mandólo á correr por lejanas tierras y á residir en extranjerías cortes; con lo cual procuróle una distinguida educacion y el conocimiento de muchas y varias lenguas. La falta de este conocimiento habia dañado mucho al gran Felipe. Cuando fué de jóven á Inglaterra, Flandes y Alemania, si bien de poca estatura como su padre, tenia belleza varonil bastante á granjearse voluntades, pero la ignorancia completa del holandés, del inglés y del alemán obligábanle al silencio; y el silencio aumentaba su

disimulo y su recelo, dándole aires de desconfiado, los cuales por do quier sembraban en derredor suyo la universal desconfianza. No se concibe cómo Carlos I, apreciador de lo mucho que vale y que importa el cultivo de las lenguas, descuidó de tal suerte la educacion de un hijo, llamado á reinar en Italia, Portugal, Holanda, Inglaterra y Alemania. El mucho saber de las lenguas extrañas, que Antonio Perez tenia, indudablemente aumentaba su valor á los ojos de Felipe II. Pero este saber le habia dado muchas ideas de relacion así como desposeídole de muchas ideas fundamentales y esenciales; le habia dado mucho conocimiento superficial del mundo, pero tambien mucha propension á las mudanzas, en el fondo verdaderas traiciones. No era hombre de fiar, no, el hombre á quien fiara Felipe II una participacion tan alta en el gobierno de la cosa pública. Escaso de fortuna, propendía, irresistiblemente pródigo, al fausto y á la ostentacion, malgastando sumas enormes en gustos supérfluos. Su palco en el teatro era el mas vistoso por las colgaduras y los tapices; su carroza en las calles, la de mayor lujo; su quinta en los campos, la de mas fiesta; al salir de su vivienda, aromaba con sus perfumes y adobes las mal olientes calles de Madrid; y al andar por las noches en los alrededores de la capital parecia salir el viático, segun las hachas de cera llevadas por pajes y lacayos como en religiosa procesion. No podia hombre tan voluptuoso y epicúreo alimentar su fausto sin vender los públicos cargos; y no podia vender los públicos cargos sin esponerse á la difamacion y al descrédito. Si á esto se añade que le gustaba mucho el juego, y aun mas que el juego le gustaban las mujeres, tendrás idea de la facilidad con que caería en brazos de la fementida princesa. No podía ésta mostrar mejor su poder que metiéndose de rondon, así que recobrará su influencia, en el ajeno cercado de los verdaderamente poderosos. Y como el blanco de sus iras fuera Mateo Vazquez; y el principal objeto de su regreso á la corte perder á Mateo Vazquez en la voluntad del rey; concurrió á perder á este valido con el mismo empeño con que concurrió á salvar al valido contrario, al improvisor Antonio Perez, metido ya en harina de disentimientos con su colega por el maquiavelismo natural á Felipe II, mantenedor de discordias perpétuas en las alturas de sus reales consejos.

En esto el drama, que tales complicaciones habian de producir por fuerza,